

LIBROS

RESEÑAS

INGRID KUSCHICK, *Medicina popular en España*, Madrid, Siglo XXI, 1995, 168 pp.

Un propósito muy amplio, como es el de analizar las prácticas y las concepciones de la medicina popular en la España actual, guía a la autora de este libro que, sin embargo, centra su atención tan sólo en cuatro grandes regiones de la Península: Galicia, Extremadura, Andalucía y el País Vasco.

Si por medicina popular o folkmedicina entendemos aquel sistema médico constituido por prácticas empíricas asociadas a creencias de carácter mágico religioso, hay que decir que I. Kuschick atiende principalmente, y casi en exclusiva, a las formas de enfermar que tienen una mayor relación con lo creencial y cuyos orígenes históricos, contextos territoriales y sociales, así como etiología, diagnóstico y terapéutica toma en especial consideración.

Esto le permite comparar enfermedades que tienen orígenes y denominaciones similares e incluso terapéuticas parecidas en las regiones objeto de estudio, como son el mal de ojo, el mal aire o la posesión; también marca diferencias y perfila en lo posible la figura de los cultivadores de esta medicina popular. De entre todos ellos destaca la figura de la bruja, que estudia en sus acepciones de sabia, entendida, carteira o componedora, y su distinta valoración y aceptación en los entornos sociales donde actúa.

No estamos, y hay que advertirlo, ante el resultado de un trabajo de campo, sino ante un estado de la cuestión, ante un amplio balance de los estudios que sobre la vigencia de la medicina popular en España se han venido realizando desde comienzos de siglo, desde aquella primera encuesta que impulsó el Ateneo madrileño en 1901-1902 y que está en el origen de la antropología cultural en nuestro país. Un balance que se beneficia de las nuevas formulaciones de la antropología médica, en especial de las que han atendido a su desarrollo en los países iberoamericanos, y que permiten a Kuschick detectar algunos préstamos de ida y vuelta entre modos populares de enfermar en ambos lados del Atlántico.

Lisón, Caro Baroja, Kenny y de Miguel, entre otros, están en la base de una descripción de la folkmedicina española que obvia las referencias a una zona, la fachada mediterránea, donde ésta tiene singular desarrollo como han venido demostrando, por ejemplo, estudios de grupos de investigación vinculados a las universidades de Alicante y Valencia, y que se resiente sin duda del amplio arco temporal en que fueron recogidos los datos en que se sustenta.

Todo ello no desmerece sin embargo su indudable utilidad a la hora de definir, distinguir y comparar enfermedades tales como el mal de ojo, el mal aire, el *ramo cativo*, el *enganido*, la culebra o la paletilla caída..., concepciones patológicas ligadas todas ellas a un conjunto de creencias y valores de carácter eminentemente rural, aunque puedan darse excepciones, cuya pervivencia está sin duda amenazada por los cambios estructurales experimentados en nuestro país.

Por último, dos notas al margen: en un estudio como éste no debiera aparecer mal citado, y por dos veces, Arnau de Vilanova (en la primera, página 3, se le menciona como Arnaldo de Villanue-

RESEÑAS

va) y quizá, a estas alturas del siglo, debiera considerarse ya superada la idea de un sustrato ligur entre los pueblos de la España Antigua.

Asunción Doménech
Centro Doc. e Informática Biomédica,
Universidad de Valencia.

JAIRO GUTIÉRREZ RAMOS, *Sinforoso Mutis. Su vida y su obra*, Bogotá, Fondo Fen Colombia, 1995, 120 pp.

Dentro del amplio grupo de personajes que giraron en torno a la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada, dirigida por José Celestino Mutis, ha sido sin duda su sobrino Sinforoso Mutis Consuegra —junto a Salvador Rizo— uno de los más olvidados. El trabajo de Jairo Gutiérrez Ramos (profesor de Historia en la Universidad Industrial de Santander, en Colombia) nos invita a recuperar esta figura, situándola en el cruce de las aspiraciones científicas y los móviles políticos que condicionaron la sociedad neogranadina de finales del siglo XVIII y principios del XIX —al lado de Pedro Fermín de Vargas, Jorge Tadeo Lozano, Francisco Antonio Zea o Francisco José de Caldas—.

El autor nos presenta su trabajo en tres partes claramente diferenciadas. Primeramente, un acercamiento biográfico que nos revela a un joven Sinforoso participando de las inquietudes políticas de contestación a la monarquía española. Su sólida formación académica, como alumno del Colegio del Rosario, se encuadra, como muy bien nos recuerda Gutiérrez Ramos, con esa tendencia a positivar la “valoración de la formación intelectual” —propia de las élites provinciales de la Nueva Granada de fines del siglo XVIII—. La frecuentación de algunas de las tertulias más conocidas de Santa Fe —la de Juan Dionisio Gamba y la de Antonio Nariño— no es sino un paso más hacia su implicación en los sucesos de 1794: *Pasquines sediciosos*, publicación de la traducción de *Los Derechos del Hombre* y conspiración. De esto último es de lo que se le acusó. Proceso que significó el envío de Sinforoso a la Península, donde quedó recluido hasta 1799.

A su regreso a Nueva Granada, se reintegró a la Expedición Botánica —de la que ya había formado parte en 1792—. En un segundo capítulo el autor aborda la formación científica de Sinforoso y la labor realizada en su recorrido por las provincias del norte del virreinato neogranadino y por Cuba así como la etapa al frente de la Expedición Botánica tras la muerte de José Celestino Mutis. Destaca aquí la interesante “pista” que el autor lanza sobre la matriculación de Sinforoso en el curso de Botánica que Francisco Arjona impartía en el Hospital Real de Cádiz, así como la confirmación de la importancia del componente económico —en lo relativo a las quinas— de la Expedición por Cuba. Móviles científicos y económicos de esta Expedición, presentados de una manera clara y documentada por el autor, pero que no deben hacernos descartar las intenciones de José Celestino Mutis de mantener apartado a su sobrino de los círculos de la capital —tras la experiencia que culminó con los acontecimientos de 1794—.

La tercera parte —como Anexo Documental— nos presenta tres textos que sirven de apoyo a Gutiérrez Ramos en la valoración que hace de la labor de Sinforoso: *Discurso preliminar del continuador de la Flora de Bogotá*, *Memoria sobre la Expedición Botánica publicada en el Semanario del Nuevo Reino de Granada* (1810) e *Informe de los servicios prestados por Sinforoso Mutis a la Expedición Botánica* (1817).

RESEÑAS

Este trabajo nos presenta, en definitiva, claves puntuales para comprender la figura de Sinforoso Mutis y parte de sus aportes a la taxonomía de la flora de Nueva Granada, al cuestionado tema de las quinas de esta región y al papel jugado por esa *otra Expedición Botánica Neogranadina* (el proyecto *post-José Celestino Mutis*). La simpatía del autor por el político y científico bumangués va unida a un riguroso trabajo bibliográfico y de archivo que replantea algunos de los tópicos tanto despectivos hacia Sinforoso Mutis, revelando su actividad científica más allá de la condición de “sobrino” del Director de la Expedición Botánica.

Marcelo Frías Núñez

Dpto. H^a de la Ciencia, CEH, CSIC.

HUBERT REEVES, *Últimas noticias del cosmos*, Madrid, Alianza Editorial, AU 837, 1996, 222pp.

Una cosa que nunca he logrado entender es esa fascinación que sobre los más de los mortales ejerce una noche despejada. En seguida la boca se les llena con estrellas, agujeros negros y bigbanes, y con dedóndevenimos y adónde vamos y de allá están las respuestas. Cierto es que desde tiempo inmemorial las religiones solieron situar a los dioses en los abismos de los cielos, desde donde vigilaban y controlaban a su capricho las miserias terrenales. Hoy muchos sustituyen a los dioses por los ovnis, y algunos, más avisados y aprensivos, por los asteroides apolo. Pese a las siniestras connotaciones de películas como *El día de la Independencia* (en donde, como es debido, los *marcianos*, si no son decididamente verdes, cuanto menos tienen algo así como tentáculos) o de la hipótesis de la extinción de los dinosaurios por impacto de un asteroide de tamaño más que regular, por lo general la gente mira al espacio exterior desde el lado positivo, confiando quizás —pese a los pronósticos en contra de la teoría de la relatividad— en escapar un día de las desdichas de este pequeño y contaminado planeta. Este interés ha servido bien a las editoriales, que periódicamente nos inundan con obras de divulgación que pretenden mostrarnos los primeros momentos de la creación y/o el devenir del universo. La que comento aquí es otra más de esa interminable —y ya un tanto aburrida— serie.

Pero al parecer ya no basta con llegar a ese *gran público* del que nos habla el autor en la introducción, puesto que, ofreciendo una doble lectura, intercala breves capítulos destinados a quienes posean formación matemática. El libro admite, por así decir, una lectura *fácil* y otra, más compleja, *con fórmulas*. La lectura —sin fórmulas— es agradable, el autor se expresa bien, comenzando quizás desde un nivel demasiado bajo (compara el quehacer del cosmólogo con el del prehistoriador, el explorador y el detective). De modo que lo sustancial comienza en el Capítulo 4, donde en apenas siete páginas se despachan las dificultades del modelo estático de universo. El Capítulo 5 se destina a la fuga de las galaxias, que introduce la idea del Big Bang y de la métrica no euclídea. El Capítulo 6 aborda la radiación fósil, y el 7 las partículas y fuerzas elementales, esto último como necesario paso previo a la exposición de la nucleosíntesis primordial, que se desarrolla en el Capítulo 8. El 9 se destina al origen de las galaxias, y finalmente el 10 a las propiedades del cosmos primordial. Todo ello, en pocas páginas, está bien expuesto y se lee bien, y el hábil recurso de mencionar fugazmente por aquí y por allá a Aristóteles, Copérnico, Kepler, Newton, Laplace, Einstein, etc., le da al lector la sensación de haberse enterado más o menos de cabo a rabo de lo

RESEÑAS

esencial de todo el asunto. Pero el interesado en la génesis de la cosmología moderna no encontrará aquí lo que busca.

Manuel Sellés
*Dpto. de Lógica, Historia y
Filosofía de la Ciencia, UNED*

MARCOS CUETO, *Missionaries of Science. The Rockefeller Foundation & Latin America*, Bloomington and Indianapolis, Indiana University Presss, 1994.

Es un libro correctamente editado, con un índice general en el que se incluyen tanto nombres propios como temas. Reúne una serie de interesantes trabajos, de diferentes autores, en torno a las acciones sanitarias, agrícolas y científicas desarrolladas a partir de la Rockefeller Foundation en algunas zonas de América Latina, fundamentalmente México y Brasil. Centrado en los interesantísimos papeles de la Rockefeller Foundation, nos “descubre” el magnífico fondo documental, muy interesante tanto para los norteamericanos como para los latinoamericanos.

El volumen comprende una Introducción y siete capítulos, todos de un buen nivel, aunque en algunos casos se evidencia —y no es esta una observación en sentido peyorativo— una visión claramente *norteamericana*, o, podríamos decir, a partir del marco mental del norte, y una cierta falta de conocimiento de bibliografía en lengua española sobre las actividades de Estados Unidos en los países del sur.

En la Introducción el editor, Marcos Cueto, nos explica la finalidad del volumen: “ilustrar los primeros años de los contactos de la fundación con Latino América, para contrastar el diferente énfasis asignado a los distintos países y los programas de la Rockefeller Foundation, y más aun, para indicar un futuro camino de conocimiento presentando estudios detallados de casos que pueden sugerir elementos para un interpretación general”. Finalidad que creo ha conseguido. Se refiere también el autor a las diferentes organizaciones panamericanas y a los fondos de la fundación —aunque su exposición más amplia fue publicada por él mismo en la revista *Quipu* en 1991— que, pensamos, son realmente una magnífica fuente que deberá ser utilizada mucho más ampliamente en el futuro. Es necesario profundizar en las actividades panamericanas de los Estados Unidos, tanto desde sus organismo públicos como de las organizaciones privadas, siempre estrechamente ligadas, y, pasando por encima, o mejor, por debajo de slogans y etiquetas, desentrañar los aspectos reales de esas relaciones y, como dice Cueto, buscar las líneas generales subyacentes.

Dos de los capítulos del libro, también de Marcos Cueto, el primero y sexto, tratan temas generales. El primero hace un estudio que creo especialmente interesante, sobre los llamados “surveys”, las inspecciones previas realizadas por la Rockefeller Foundation en quince países latinoamericanos, durante la década de los años veinte, sobre los aspectos científicos, médicos y sanitarios. Estas inspecciones buscaban conocer las instituciones e incluso las tradiciones culturales de los países sobre los que se iba a actuar. El otro capítulo de Cueto se dedica a la influencia de la fundación en el desarrollo de la fisiología en cuatro países latinoamericanos —Brasil, Perú, México y Argentina—, un tema en que pienso se debería profundizar, utilizando estas fuentes documentales y las propias de cada país. También el último capítulo, realizado por Thomas Glick, analiza la influencia de la Rockefeller en la ciencia, en este caso en concreto del surgimiento de la genética en Brasil. La fiebre amarilla, esa terrible enfermedad que asoló grandes zonas de América Latina, es la prota-

RESEÑAS

gonista de otros dos capítulos del libro, uno dedicado a Brasil y otro a México, en los que se estudia las relaciones de los funcionarios de la fundación con las autoridades políticas de ambos países. Y por fin, otros dos capítulos se dedican a las relaciones de la fundación con la agricultura mexicana de los años cuarenta.

Es un libro que será útil a todo interesado en las relaciones científicas, médicas y sanitarias entre la América anglosajona y la latina, y a todo interesado en la política norteamericana con respecto a América latina. Y creo, también, que es un libro especialmente interesante para los norteamericanos.

Raquel Álvarez

Dpto. H^a de la Ciencia, CEH, CSIC.

DAVID M. BUSS, *La evolución del deseo. Estrategias del emparejamiento humano*, Madrid, Alianza Editorial, 1996, 416 pp.

El texto que se reseña es uno de esos típicos productos made in U.S.A. que reciben una dilatada repercusión mediática por el sensacionalismo de sus conclusiones científicas. La investigación que lo fundamenta se emplaza en esa estela de trabajos, hoy tan en boga, que intentan explicar relaciones sociales —los usos alimenticios, la guerra, la enfermedad mental, la criminalidad, las preferencias deportivas, los roles de género, etc.— como si se tratara de relaciones puramente naturales, biológicas, ya sea invocando la neurofisiología, la etología animal o los análisis del Genoma Humano.

En esta ocasión le toca a la conducta sexual. Buss pretende haber descubierto y catalogado los mecanismos psicológicos universales que explican la atracción sexual y la elección de pareja en la especie humana. La base conceptual de su estudio la proporciona la teoría darwiniana de la selección sexual. Del mismo modo que en las especies sobreviven aquellos individuos con estructuras adaptativas que maximizan la capacidad de reproducción, en la especie humana se ponen en liza mecanismos psicológicos adaptativos con análoga función. Estos mecanismos, implantados en los seres humanos desde la prehistoria, continúan vigentes en la actualidad, y se traducen en estrategias de emparejamiento y elección sexual que operan por debajo de la conciencia individual.

Así, por ejemplo, se considera que las mujeres tienden a elegir compañero atendiendo a su aptitud para suministrar recursos (económicos, de protección, etc.) que garanticen el éxito biológico de la unión y de la prole engendrada. Las mujeres los prefieren altos o ricos porque estos atributos señalan la idoneidad del sujeto escogido para proteger y asegurar la conservación biológica de la descendencia.

La investigación emprendida se apoya, por otra parte, en estudios de etología animal cuyos resultados se aplican *ex analogia* a la especie humana. En esto se está más próximo a la tradición etológica de los años 60 (Morris, Lorenz, Fox, etc.) que a la sociobiológica (E.O. Wilson, R. Dawkins), aunque esta última tampoco esté totalmente ausente de la cita. Se trata más de entender el animal presente en el hombre que de comprender al hombre desde la perspectiva del gen. Finalmente, el trabajo invoca el aval empírico proporcionado por cuestionarios y entrevistas realizados sobre una muestra de más de diez mil personas pertenecientes a treinta y siete culturas diferentes.

A lo largo de los diez capítulos del libro se dilucidan esos mecanismos psicoevolutivos que explicarían las distintas facetas de la elección sexual humana: las preferencias de hombres y mujeres a la hora de emparejarse, la fidelidad y su contrario, las estrategias de atracción y seducción, el

RESEÑAS

conflicto de sexos y las separaciones, las alteraciones de la vida de pareja en el curso del tiempo y las posibilidades de convivencia armónica entre sexos.

Con estos mimbres se trata de elaborar un cuadro desmitificador de las idealizaciones que los seres humanos se forjan sobre las razones de su elección sexual. La explicación materialista y evolucionista de Buss persigue también aplicaciones prácticas. Se pretende conocer los mecanismos universales para corregir aquellos factores que acentúan el conflicto sexual.

Esto implica, según Buss, que los mecanismos psicoevolutivos no son fuerzas hereditarias invencibles. Se pueden modificar. Una lectura atenta del libro muestra que estas reservas respecto al biodeterminismo son poco más que denegaciones superficiales: la cultura se limita a permitir la activación de unas estrategias sexuales en vez de otras, pero no interviene nunca en su elaboración.

El de biodeterminismo es sólo el primer achaque que se le puede objetar a este trabajo. En su escritura, más allá de las referencias modernas a la etología, la sociobiología o la genética, se conserva un añejo sabor del siglo XIX. Buss reitera, en moderno paladino, lo que Schopenhauer había sostenido en su famoso apéndice sobre el amor incluido en *El mundo como voluntad y representación*: las estrategias de reclamo y elección sexual están en función de los requerimientos reproductivos de la especie.

Este funcionalismo adopta en Buss la forma de un utilitarismo *vulgar* -del mismo modo que se habla de un marxismo vulgar— que recuerda a H. Spencer por su mezcla de términos evolucionistas con el vocabulario de la economía política liberal —la elección sexual sería siempre cuestión de inversión, cálculo de costes, beneficios. Tampoco están ausentes los aromas del viejo etnocentrismo victoriano. Buss se apoya en una comparación sincrónica de 37 culturas, pero elabora sus cuestionarios con conceptos extraídos directamente del credo común del actual norteamericano medio, que es siempre el punto de partida de sus análisis. Preguntarle a las mujeres zulúes, por ejemplo, si prefieren hombres equilibrados, emocionalmente estables, formales y hechos a sí mismos, no deja de ser una broma. Buss se refiere al comportamiento matrimonial y económico de esas “otras” culturas ignorando supinamente los trabajos de los etnólogos sobre las relaciones de parentesco, las estrategias matrimoniales o el sistema de intercambio recíproco.

El corte, abstractamente sincrónico, de la comparación realizada, le impide, por otra parte, informarse mínimamente de los trabajos publicados por los historiadores de la familia, el matrimonio y la sexualidad. En el eje de la diacronía, —en un libro titulado, no se olvide, *La Evolución del deseo*— las pautas actuales de emparejamiento y elección sexual sólo se confrontan *ex hypothesis* con una lejana prehistoria en la que el autor alegremente conjetura sobre la sexualidad en las sociedades de cazadores y recolectores. Aquí aparece un nuevo eco decimonónico: el de Lombroso. Los mecanismos psicológicos universales que Buss pretende haber descubierto aparecen identificados como *supervivencias ancestrales* de las primeras etapas de la especie. Atavismos, por tanto, que a diferencia de los enumerados por Lombroso, poseerían un carácter funcional, adaptativo, no anatómico.

El rechazo del biodeterminismo, alegado en los primeros compases del libro, no deja de ser un renuncio políticamente correcto que no elimina en el lector la impresión inicial: con su estudio sobre las estrategias de emparejamiento, Buss ha compuesto a fines de este siglo la versión actualizada de un libro escrito en el crepúsculo del siglo pasado.

Francisco Vázquez García
Facultad de Ciencias de la Educación
Universidad de Cádiz

RESEÑAS

RICHARD MILNER, *Diccionario de la evolución. La humanidad a la búsqueda de sus orígenes*, Barcelona, Bibliograf, 1995, 685pp.

Hasta muy recientemente los diccionarios temáticos de carácter histórico disponibles en alguna de las lenguas hispánicas no rebasaron los confines tradicionales del género (literatura, filosofía, arte, música, mitología, historia social y política, etc...). Sólo bien entrada la pasada década comenzaron a aparecer de forma paulatina en nuestro país diccionarios específicamente dedicados a otras áreas disciplinarias como la historia de la ciencia, la antropología o la arqueología, para las que, por su institucionalización más tardía o por otras razones, no se disponía de este tipo de instrumentos.

Exponentes destacados de este género en el ámbito de la historia de la ciencia son el *Diccionario de la Ciencia Moderna en España* (Barcelona, Península, 1983, 2 vols., 554 y 574 pp.) dirigido por J.M. López Piñero, T.F. Glick, V. Navarro Brotons y E. Portela; *Ciència i tècnica als Països Catalans: una aproximació biogràfica* (Barcelona, Fundació Catalana per a la Recerca, 1995, 2 vols., 1550 pp.), obra coordinada por J.M. Camarasa y A. Roca Rosell; y el *Diccionario de Historia de la Ciencia* (Barcelona, Herder, 1986, 668 pp.) dirigido por W.F. Bynum, E.J. Browne y Roy Porter [ed. original inglesa: *Dictionary of the History of Science* (2ª ed., Londres, Macmillan Press, 1983)]. Si en los dos primeros casos se trata de biobibliografías de científicos destacados en los ámbitos español y catalán, respectivamente, el tercero es esencialmente un diccionario de conceptos clave en la historia de la ciencia.

Dentro de esta nueva línea de proyectos editoriales, el *Diccionario de la Evolución* de Richard Milner va un paso más allá. En efecto, su objeto ya no cubre toda una disciplina, sino que se circunscribe a una idea: la evolución. Se trata, ciertamente, de una idea muy especial, «única y unificadora» (p. 15), que durante los últimos doscientos años ha ejercido y ejerce una poderosísima influencia en la historia de la humanidad. Milner (Nueva York, 1941), en cuya formación se aunan la antropología cultural y biológica con la zoología, la evolución humana y la prehistoria, nos brinda una visión completa de la evolución y su impacto en los más diversos ámbitos, desde los orígenes de esta idea científica hasta la actualidad. Sus artículos abordan tanto las distintas concepciones evolutivas de la naturaleza, las controversias entre ellas y su significación en el conjunto de la cultura científica (comenzando por la biología, paleontología y antropología), como sus principales repercusiones en la literatura, las artes, el pensamiento filosófico, político, psicológico y religioso; y, por supuesto, los principales protagonistas de todos estos procesos.

Pero el *Diccionario de la Evolución* de Milner también se hace eco de otros temas a los que los historiadores de la ciencia sólo muy recientemente han comenzado a prestar su atención, y que en el caso de la evolución tienen un particular interés. Me refiero a problemas históricos tales como los procesos de popularización de la ciencia y los protagonistas individuales (los divulgadores, en el sentido más amplio del término) e institucionales (desde los museos y zoológicos hasta los circos y ferias) de los mismos; las complejas interacciones entre la ciencia y otros saberes en su momento influyentes pero no legitimados como *científicos*, como la astrología, la frenología o el creacionismo; el impacto de las teorías científicas en la cinematografía; o el inagotable capítulo de las falsificaciones y los fraudes científicos.

Milner es bien consciente de que las ideas evolutivas que a partir del siglo XVIII dinamizaron la concepción de la naturaleza han estado a su vez permanentemente sujetas a evolución. De ahí que los artículos -no por originales menos rigurosos- que integran su *Diccionario*, subrayen siempre la radical historicidad de estas ideas, e insistan en la necesidad de contextualizarlas desde el punto de vista sociocultural para que cobren su sentido pleno. Una buena proporción de estos artículos constituyen un atractivo relato de acontecimientos asociados a la multiforme percepción

RESEÑAS

social de la idea de evolución, que tuvieron una gran difusión *mediática* en diferentes lugares del mundo, sobre todo en el ámbito angloamericano.

En conclusión, el *Diccionario de la Evolución* de Richard Milner es una obra de referencia esencial en cualquier biblioteca históricocientífica. La cuidada versión castellana, que es traducción de la original inglesa revisada en 1993, incorpora al texto principal los artículos que en ésta se recogieron en *addenda* y suplementa la información bibliográfica anexa a cada artículo con referencias a las versiones castellanas disponibles de las obras citadas. Desde el punto de vista editorial cabe destacar en ella la magnífica traducción de José Luis Gil Aristu, y la impecable factura del volumen, tanto desde el punto de vista tipográfico, como porque no se ha escatimado el esfuerzo que representa la adaptación a la edición castellana del amplio índice alfabético (a la vez, onomástico y temático) con que concluye la edición original de la obra -contra lo que lamentablemente continua siendo muy habitual en el mundo editorial hispanohablante incluso en el marco de colecciones universitarias.

Por todo ello, es de desear que *Biblograf* continúe nutriendo en el futuro inmediato esta nueva línea de producción editorial con más diccionarios temáticos que sirvan de instrumentos de trabajo a cuantas personas se interesen en el ámbito hispánico, por la historia de la ciencia y, en general, por la historia intelectual en el sentido más amplio del término. Y si algún día este diccionario se reeditara, quizás cabría plantearse el reto editorial e intelectual de incorporar a él un número de artículos nuevos que reflejaran el impacto de la evolución en el ámbito hispánico. Se me ocurre que en esa eventual segunda edición, aparte de los dedicados a episodios y protagonistas ya clásicos en la historia de evolución en este ámbito, deberían también encontrar cabida temas como *Atapuerca*, *El hombre de Orce*, *El bosquimano de Banyoles* o el *Anís del Mono*, por poner tan sólo cuatro ejemplos objeto de reciente atención *mediática* en nuestro país.

Jon Arrizabalaga

*Institución Milá y Fontanals - Unidad de H^a
de la Ciencia - CSIC, Barcelona*

ANA ISABELL MARTÍN FERREIRA, *Tratado médico de Constantino el Africano. Constantini Liber de Elephantia*, Valladolid, Secretariado de Publicaciones, Universidad de Valladolid, 1996, 135 pp.

La publicación de este libro ofrece a la historiografía médica la oportunidad de replantearse hasta qué punto depende, en su labor interpretativa, no ya sólo del estudio de los procesos de producción y recepción de la literatura médica sino también del análisis de la evolución de los dominios semánticos de la terminología médica. En él se presenta la edición crítica, estudio y traducción castellana de un texto latino del siglo XI sobre un grupo de afecciones que, sintomatológicamente dermatológicas, fueron clasificadas bajo los nombres genéricos de *elephantia* o *lepra*. Se trata de un texto breve de origen árabe (228 líneas en la tipografía de este volumen) que expone la causalidad y terapéutica adscrita a estos dos términos que durante siglos fueron utilizados sinónimamente, identificando a un conjunto variable y discutido de enfermedades. La autora decide utilizar *elephantia* en su edición, por ser el predominante en la tradición manuscrita, y se refiere a él en castellano como *lepra*. Acompañan la cuidada edición un glosario de fármacos e ingredientes medicinales y un índice léxico selectivo.

RESEÑAS

El texto fue atribuido a Albucasis en la edición de 1541 del *Methodus medendi* y coincide con los primeros capítulos del libro IV de la *Practica* de la edición de 1515 del *Pantegni*; es a la *fortuna* medieval de esta segunda obra a la que se halla ligado el *De elephantia*, puesto que allí se encuentra en dos de los cinco manuscritos del *Pantegni* que se manejan a modo de *cala*. Bajo el título de *Pantegni* se difundió en el Occidente latino una obra atribuida a Constantino el Africano (ca. 1010/1015 -m. antes de 1098/99) que, subdividida en una parte *Teorica* y una parte *Practica*, actuó de transmisora de la medicina greco-árabe antes de la recepción del *Canon* de Avicena. Sin embargo y paralelamente a la transmisión textual del *Pantegni*, el *De elephantia* gozó pronto, ya en el siglo XII, de vida propia, circulando como tratado independiente; es en esta tradición textual en la que se fundamenta la presente edición crítica. Se identifican ocho copias manuscritas conservadas del texto que, sometidas a descripción y análisis conforman, junto con las dos ediciones renacentistas, el aparato crítico del texto. Descartando otras hipótesis previas, se señala como su autor a 'Alī-ibn-al-'Abbās al-Maḡūsī (m. 994).

La problemática de la autoría de este tratado y de la atribución de su traducción latina están inextricablemente unidas a la compleja historia del *Pantegni* latino y su resolución, como señala Ana Isabel Martín Ferreira, encontrará respuesta solamente a la luz de la edición crítica y del estudio de esta obra en su conjunto; la historiografía reciente ha cuestionado seriamente no sólo la atribución a Constantino de la traducción completa de la *Practica Pantegni* sino también que la fuente árabe originaria de sus diversos libros sea siempre la obra de 'Alī-ibn-al-'Abbās al-Maḡūsī'. Así, y a pesar de que el título elegido para esta edición pueda sugerir lo contrario (haciéndose eco de un manuscrito que atribuye explícitamente el texto a Constantino), debemos considerar esta atribución de la versión latina del *De elephantia* una solución provisional, a la espera de análisis que establezcan con precisión los intrincados procesos de producción y transmisión del *Pantegni* hasta su fijación en la imprenta de 1515, análisis que permitirían dilucidar hasta dónde llegó la labor constantiniana en la traducción de la parte práctica de este compendio.

El texto, eminentemente de carácter práctico, identifica el origen de la *elephantia* o *lepra* en el desequilibrio fisiológico provocado por la putrefacción humoral, imputable a la corrupción del aire, alimento o bebida, o a la corrupción de los espermas masculino y femenino, en contacto o separadamente. Las estrategias curativas se asocian al diagnóstico e identificación precisa del humor causante de la putrefacción; elementos básicos del tratamiento de esta enfermedad son las flebotomías, la aplicación de ventosas y ungüentos, la administración de pócimas y píldoras y la adopción de un régimen dietético apropiado. La identificación y diagnóstico de la enfermedad se relacionan directamente con el humor que la causa: así, si el humor responsable del proceso morboso es la sangre, la enfermedad se denomina alopecia; si se trata de la bilis amarilla, se identifica como leonina; si se debe a la bilis negra se denomina *elephantia*; finalmente, si se origina con la flema, recibe el nombre de tiria (pp. 80-81). Es en este pasaje del libro cuando más significativamente se muestra la dificultad de traducir a lenguaje actual la extrañeza que pueden producir algunos conceptos medievales. La autora, que consistentemente traduce *elephantia* por lepra, se encuentra aquí con que *elephantia* posee un significado semántico mucho más restringido que lo que asumiendo el mismo término se designa a lo largo del texto, y decide en este caso traducirlo por elefancia. Resuelve así implícitamente en su uso de la lengua castellana lo que puede parecer una imprecisión

¹ El estado de la cuestión sobre este tema en, BURNETT, Charles; JACQUART, Danielle (eds.), *Constantine the African and 'Alī ibn al-'Abbās al-Maḡūsī. The Pantegni and Related Texts*. Leiden: E.J.Brill, 1994.

RESEÑAS

semántica del texto latino; sin embargo, y a mi modo de ver, esta decisión contribuye a mantener velado el significado histórico de los términos *elephantia* y *lepra*.

Montserrat Cabré i Pairet
Universidad Autónoma de Barcelona

MARIA BREY Y VICENTE INFANTES (introducción y edición), *Relación de la coca, de su origen y principio y por qué es tan usada y apetecida de los indios naturales del Perú*, Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1996, 62pp.

Como nos enseñan los manuales sobre la disciplina, el método filológico es una de las formas de acercamiento al pasado científico de más rancio abolengo en la disciplina. Tampoco nos viene resultando extraño la irrupción de especialistas en literatura en los rangos del análisis de obras históricocientíficas y sólo a modo de ejemplo, recordaremos la inclusión de dos textos tan cruciales para nuestra cultura científica: la *Silva de Mexía* (ed. de A. Castro, 1990) y el *Examen de ingenios*, de Huarte (ed. de G. Serés, 1989) en la colección *Letras Hispánicas* de la editorial Cátedra, con sendos responsables de edición de formación literaria. En el caso que nos ocupa, encontramos la responsable de la biblioteca de las Cortes y medievalista de vasta erudición D^a María Brey, recientemente fallecida, y que además fue la viuda del famoso estudioso Antonio Rodríguez Moñino. Directora de la colección *Odres Nuevos*, donde publicó una edición actualizada del *El libro del buen amor*, además de colaborar en catálogos de fondos bibliográficos importantes españoles y extranjeros.

El segundo firmante, Victor Infantes, es profesor de filología hispánica de la Universidad Complutense, quien manifiesta una fidelidad y amistad notables en una sentida necrología con que cierra la introducción. Este autor cuenta ya con una larga tradición en la edición, no sólo de textos literarios, sino también de obras científicas. Aún recordamos con placer el cuidadoso trabajo erudito y tipográfico, en el que colaboró hace unos años para poner a disposición de los lectores, el *Diálogo llamado Pharmacodiosis* (Sevilla, 1536) de Nicolás Monardes¹.

Una vez más, el buen hacer a que nos tiene acostumbrados V. Infantes, se hace patente en la acertada selección bibliográfica, que incluye con envidiable acierto textos provenientes de tradiciones culturales distintas —lejos de la habitual casi monopolio del mundo anglosajón— y de los diferentes saberes históricos. Ello ha permitido articular una atractiva introducción, que responde a las estrictas exigencias de la poligrafía, tan extraña en este mundo de microespecialistas en el que vivimos.

La *Relación de la coca* no es otra cosa que «una relación anónima, una de tantas como produjo la burocracia española de los siglos de oro», manuscrito en caracteres propios del siglo XVII. La obrilla, que abarca de la página 33 a la 55, está dividida en dos epígrafes. El primero trata del origen mítico de la leyenda del nombre de la coca, del inicio de la costumbre de masticarla por los

¹ Él se encargó del prólogo; la edición corrió a cargo de Nieves Baranda; las notas era de N. Baranda y Blanca Gutiérrez-Colomer; y la traducción fue llevada a cabo por Francisco Calero, latinista con larga experiencia en la traducción de textos médicos renacentistas. El libro apareció en Madrid, *Smithkline-Beecham*, 1992, XXIV+24 ps.

RESEÑAS

indios, descripción de su utilización y cultivo, y las disposiciones dictadas sobre el particular por el virrey don Francisco de Toledo. En el segundo, refiere a las formas de plantación y cultivo y al proceso comercial por parte de los españoles, donde además denuncia los abusos y ganancias derivados de su intercambio.

Así pues, nos hallamos ante un trabajo que, a pesar de su extensión, no debemos considerar como menor y que pone al alcance de los investigadores un documento de enorme interés, cuyo original, gracias a la generosidad del profesor Rodríguez Moñino y de D^a María Brey, podrá ser consultado, junto con la riquísima biblioteca, en la Real Academia Española.

Vicente L. Salavert Fabiani

*Instituto de Estudios Documentales e Históricos
sobre la Ciencia - CSIC-Universitat de València*

SHERWIN B. NULAND, *Cómo morimos. Reflexiones sobre el último capítulo de la vida*, Madrid, Alianza Editorial, 1995, 257 pp.

Es verdad que todos queremos saber cómo es la muerte, en realidad cómo será nuestra propia muerte, aunque pocos estemos dispuestos a admitirlo. Algo tan temido en nuestra sociedad es también a la vez un oculto secreto que se desea conocer. Ahora bien, ¿es posible escribir un libro acerca de cómo morimos? y ¿de qué manera y en qué forma es transferible esa experiencia?

Sherwin B. Nuland —cirujano y profesor de Medicina en Yale— realiza en su libro un intento de describir distintas formas de morir, sin concesiones a la sensiblería ni el dramatismo, elementos tan frecuentes y comunes en este tema. «La idea de una coexistencia diaria con la muerte suscita un sentimiento de angustia y rechazo en la moderna sociedad occidental»¹: contra esta actitud se dirigen los esfuerzos del profesor Nuland en sus relatos patobiográficos que desarrolla desde una realidad clínica, biológica y psicológica de la muerte. «He escrito este libro para desmitificar el proceso de la muerte. Sólo mediante el conocimiento de la verdad podremos librarnos del miedo a la *terra incognita* de la muerte que conduce al autoengaño y la decepción». «He intentado escribir este libro para que cada uno, dentro de lo posible, pueda elegir su propia muerte» nos dice Nuland, pero, como veremos más adelante, ésta no es su única motivación.

Los dos primeros capítulos los dedica a la enfermedad isquémica del corazón, dramáticamente ejemplificada por el primer paciente que se le murió entre las manos según cuenta en un emocional relato de sus vivencias ante el suceso. Los dos siguientes tratan de la vejez, emotivamente recordada en su abuela, a quien estaba profundamente ligado, una judía emigrante de Europa oriental que no hablaba inglés y que vivió hasta los 97 años. A la enfermedad de Alzheimer dedica un capítulo, otro al asesinato, otro a los accidentes traumáticos, dos al SIDA y otros al cáncer. De particular interés son los capítulos en los que aborda la cuestión del suicidio y la eutanasia —que son temas centrales en cualquier intento de teorizar sobre la *buena* muerte—. Se echa en falta que no concluya dichos aspectos con una reflexión ética de la cuestión, y que en lugar de ello se ocupe de describir aspectos biológicos de los procesos patológicos.

¹ GOYTISOLO, Juan. *De la Ceca a La Meca*, Madrid, Alfaguara, 1997:81.

RESEÑAS

Es preciso realizar algunos comentarios acerca del estilo seguido por el autor en los contenidos del texto. Puede tomarse como ejemplo el primer caso -un enfermo cardíaco-, de quien describe su evolución con abundantes detalles de tipo clínico intercalando comentarios anecdóticos de la historia de la medicina, algo que se repite a lo largo del texto. Nuland insiste -tal vez demasiado- en aportar una información médica y datos epidemiológicos que ocupan muchas páginas pero que no ayudan a una reflexión sobre el tema que aparece como causa del libro. Qué interés puede tener el conocer la fisiología cardíaca, sus fallas, o la evolución de la enfermedad de Alzheimer, más allá de una tarea de divulgación de los conocimientos médicos.

Al finalizar el segundo capítulo nos dice que «es necesario describir esa prolongada forma de morir que es el envejecimiento». Esta visión pesimista, en cierta manera trágica, de esta parte de nuestra vida, es la consecuencia en Nuland de su relación personal con su abuela. El autor generaliza una idea a partir de una vivencia personal que ha marcado su existencia, como queda de manifiesto en el capítulo III. Desde aquí, y junto a otras referencias emocionales que Nuland nos hace de su propia vida, se van haciendo más claras las motivaciones internas del autor en su decisión de transmitirnos su larga experiencia médica sobre el tema, y es posible llegar a comprender el origen de este libro más cercano a un ejercicio personal de elaboración de la angustia, que a una tarea de divulgación o reflexión sobre el tema de la muerte.

Es al final de la introducción donde el Dr. Nuland explicita las causas de la existencia de su libro. «Mi madre murió de cáncer de colon una semana después de que yo cumpliera once años, y este hecho ha marcado mi vida. Todo lo que he llegado a ser, guarda directa o indirectamente, relación con su muerte. Cuando comencé a escribir este libro mi hermano había muerto hacía poco más de un año, también de cáncer de colon». Con gran razón nos dice el autor: «Este libro es mío». Todo el libro es un diálogo del Dr. Nuland consigo mismo, con sus vivencias, sus recuerdos, sus propios fantasmas y sus angustias, no sólo originados en su actividad médica sino, y lo que es más importante, los que provienen de su vida familiar. Lo más importante del libro han sido para mí unas palabras del epílogo, en el que el autor nos dice: «El día que yo padezca una enfermedad grave que requiera un tratamiento muy especializado, buscaré a un médico experto. Pero no esperaré de él que comprenda mis valores, las esperanzas que abrigo para mí mismo y para los que amo, mi naturaleza espiritual o mi filosofía de la vida. No es para esto para lo que se ha formado y en lo que me puede ayudar. No es esto lo que anima sus cualidades intelectuales.

Por estas razones no permitiré que sea el especialista el que decida cuando abandonar. Yo elegiré mi propio camino o, por lo menos, lo expondré con claridad de forma que, si yo no pudiera, se encarguen de tomar la decisión quienes mejor me conocen (...) No moriré más tarde de lo necesario simplemente por la absurda razón de que un campeón de la medicina tecnológica no comprende quién soy».

«No habiendo podido los hombres —nos dice el filósofo francés Pascal— remediar la muerte, la miseria y la ignorancia, han imaginado, para ser felices, no pensar en absoluto en ellas». El libro de Sherwind Nuland no sólo debe estar en las bibliotecas de médicos y estudiantes de medicina: el público no especializado puede y debe acercarse a él; su tono directo y escritura sencilla invitan a su lectura y permiten una aproximación —aunque no una reflexión profunda— sobre un tema generalmente evitado y tan temido como es la realidad del proceso de la muerte.

Eduardo Balbo

Instituto Psiquiátrico José Germain

MIGUEL A. GRANADA, *El debate cosmológico en 1588. Bruno, Brahe, Rothmann, Ursus, Röslin*, Nápoles, Bibliopolis, 1996.

El *Istituto Italiano per gli Studi Filosofici*, de Nápoles, en cuyo comité científico internacional figuran las más importantes figuras del pensamiento y de la historia, científicos o no, publica generosamente monografías propias de su docencia. Pues lo hace bien en italiano, bien en la lengua de los invitados como H.J. Martín, F. Secret o, en este caso, M. A. Granada. De modo que este libro suyo, con la imprescindible difusión institucional, sería un instrumento de fácil acceso para los estudiosos de la historia de la ciencia del siglo XVI.

La fecha que aparece en el rótulo es muy significativa. Tras la aparición en los setenta de esa centuria de una *nova* y de un cometa famosos, si bien no tuvo lugar la catástrofe que Regiomontano había pronosticado para 1588, surgieron una serie de publicaciones que tendrían consecuencias decisivas en el derrumbe del viejo cosmos: abandono de las esferas celestes, crítica de la jerarquía cosmológica por obra de una homogeneización aún en ciernes, aparición de nuevos modelos en la estela copernicana. De hecho, en 1588 aparecen tres textos cosmológicos de Bruno, Tycho Brahe, Nicolaus Ursus (*Fundamentum astronomicum*), que son analizados por Granada en sucesivos capítulos, junto con la correspondencia del segundo con Christoph Rothmann y con una obra algo posterior de Helisaeus Röslin. Nadie mejor para llevar a cabo este cotejo que el gran traductor de Bruno (y de Maquiavelo o de Bacon, entre otros) al castellano, y reputado desvelador de figuras poco conocidas aquí como es Rothman («Il problema astronomico-cosmologico e le sacre scritture dopo Copernico: C. Rothmann e la “teoria dell’accomodazione”», *Riv. Stor. Fil.*, 4, 1996), o como es en parte G. M. Tolosani (en vv.aa., *La diffusione del copernicanismo in Italia*, Florencia, Olschki, 1997), por citar artículos suyos muy recientes.

El *Cameroacensis Acrotismus* del Nolano —trasunto de su debate contra los peripatéticos, organizado en París dos años antes— es el primer capítulo del recorrido de Granada. Bruno repasa aquí las tesis revolucionarias adelantadas en *La cena de las cenizas* y en *Del infinito universo*, que abren el mundo, llenan el espacio de éter y proponen una duración homogénea del conjunto. Pero lo hace de otro modo, no mediante diálogos, sino construyendo un nuevo argumento contra cada argumento aristotélico. El texto bruniano será enviado por el autor a Brahe, justo cuando éste acaba de redactar su *De mundi aetherei recentioribus phaenomenis*, motivo del segundo capítulo. Cierto que el danés reprocha el radicalismo, sin matemática alguna, de Bruno, y que se aparta de la idea de universo infinito, pero aquí (él por vez primera) razona la imposibilidad de las viejas esferas sólidas y expone su sistema geoheliocéntrico. En todo caso, ambos se ensalzan a sí mismos como figuras cardinales en la nueva «restauración» astronómica.

El astrónomo danés se había carteadado con Rothmann, quien ya en 1585 expuso la inexistencia de los orbes sólidos (no quiso publicar nada, lo que le ha perjudicado históricamente). Y Granada revisa el epistolario en el que se expresa con vigor el clima de duda, e indecisión muchas veces, de los científicos de finales del XVI. Por su parte, el humilde y también danés Ursus ofrece la base geométrica necesaria para la reforma que pretendida (sin citar a Tycho, a quien tenía por astrólogo), y en sus hipótesis no cabe ya esa inmovilidad terrestre en la que Brahe aún estaba atrapado. El quinto y último capítulo de este vivísimo *Debate cosmológico en 1588* está dedicado a Röslin (1545-1616), paracelsiano y astrólogo suabo que había conocido a Ursus y a Kepler. Este médico heterodoxo, se había preocupado por la *nova* de 1572 y el cometa de 1577, dio a la imprenta en 1597 un conjunto de tesis sobre el mundo seguidas de un apéndice en el que repasaba todos los sistemas, el ptolemaico, el copernicano y el de los otros autores, así como el suyo propio, mezclado, curioso, «melancólico», según dirá Robert Burton en su *Anatomía de la melancolía*.

RESEÑAS

Tras estas cincuenta páginas y un breve epílogo se cierra el libro de Granada, que tiene la virtud, entre otras cosas, de dar realce a una figura semiborrada como Rothmann. Por lo demás, estas perspectivas —siempre vistas al hilo textual— aparecen expuestas con claridad, riqueza de matices y discreta maestría. Sólo pueden ser aquí evocadas, sin duda; pero cabe añadir una nota sobre el autor de *Cosmología, religión y política en el Renacimiento* (Anthropos, 1988). Granada, doctor en 1978 con un trabajo sobre Bacon, ha hecho una labor extraordinaria por la difusión del pensamiento renacentista, y acaba de recuperar y prologar cuatro textos sin parangón de Erasmo: «Julio II excluido de los cielos», «Silenos de Alcibíades», «La guerra es dulce para quienes no la han vivido», «La lengua» (*Escritos de crítica religiosa y política*, Círculo de Lectores, 1996; en la colección dir. por E. Lledó de la que es corresponsable). Nada más adecuado ni estimulante para el diálogo, imprescindible entonces, entre ciencias y letras que leer las propuestas del humanismo erasmiano junto con las del humanismo científico de estos otros autores. Todos ellos prepararon la reforma del conocimiento, y en algunos se adivina ya el giro en nuestra cultura científica, que es deudor, no siempre fiel, de esas primeras «Luces» europeas.

Mauricio Jalón
Facultad de Ciencias
Universidad de Valladolid